



Se le califica como el último valuarte del *haute couture*, un diseñador cuyos trazos, sin importar las tendencias reinantes, siempre han estado dotados de clase y glamour. El creador italiano suma 45 exitosos años al frente de su propia firma y, para celebrarlo, Taschen edita un exclusivo volumen que alaba al artista, 'guardián de la flama más pura de la costura'.

Por Suzy Menkes

Fotos: Paolo Barbieri, Janos Grapow y Toni Campo cortesia Taschen



**ROMA A SUS PIES**  
Valentino, captado por David LaChapelle, en 1999, al pie de la escalinata española.

Con su espumoso, sensual y edulcorado glamour, los diseños de Valentino parecen quintaesencialmente italianos: la obra de medio siglo de un maestro cuya alma de diseñador es tan romana como su perfil. Su mantra: "Siempre quise que las mujeres se vieran hermosas". Su inspiración: la de un joven de provincia en la gris posguerra, que asiste al cine en compañía de su hermana para empaparse de la gloria de las estrellas hollywoodenses durante sus años en las pantallas plateadas. Como el resto de los romanos, Valentino estaba embelesado por el reluciente glamour de *La Dolce Vita*, al cual supo imprimirle la clase tradicional.

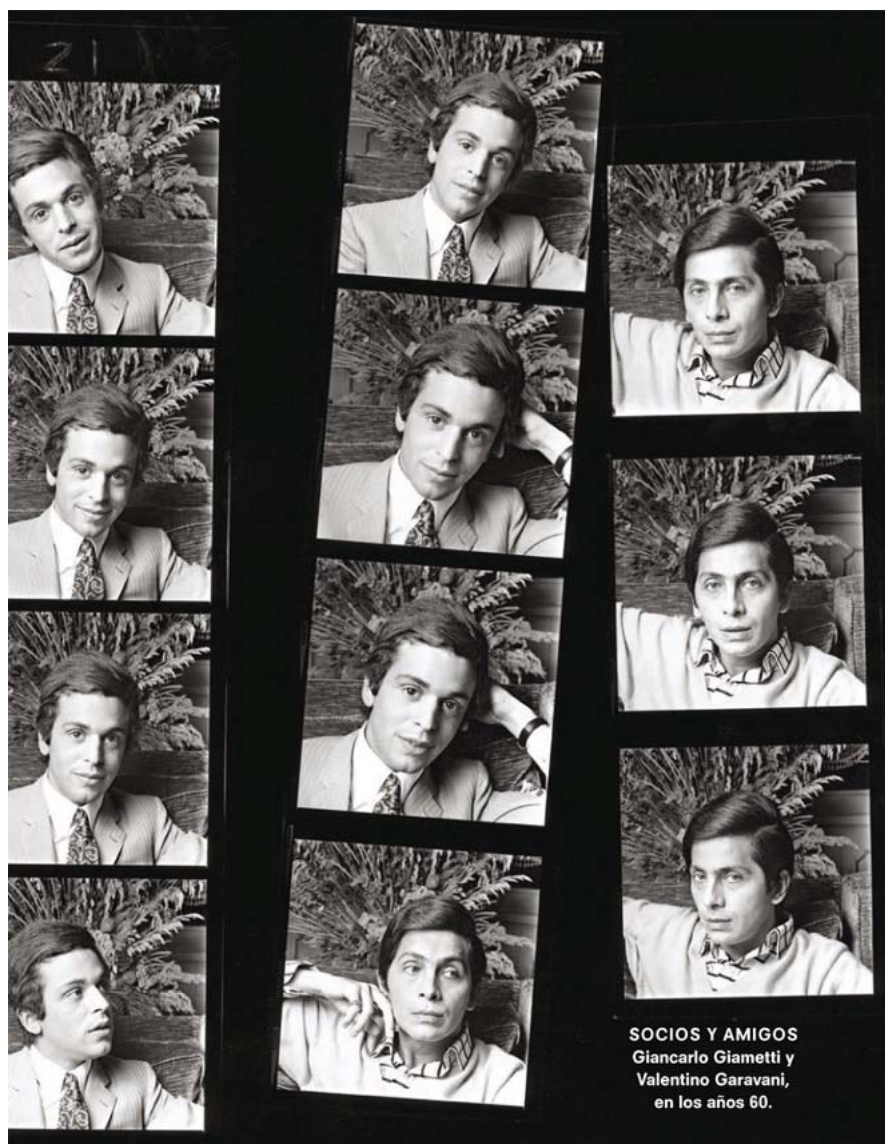
Para cuando la estela de estrellato de su propia era lo alcanzó, vistiendo a los famosos que también eran sus amigos, Valentino se había vuelto parte de la película de Fellini. Imágenes del joven diseñador, de ojos oscuros y profundos, y

de sus modelos, enfundadas en un blanco inmaculado, acompañaban las fotografías de su célebres clientela internacional: Elizabeth Taylor, Sophia Loren y su querida Jackie —Jacqueline Kennedy—, quien recurrió a él para conformar su guardarropa de Estado y, luego, para que le confeccionara el femenino vestido de bodas de su enlace con el magnate griego Aristóteles Onassis.

Valentino no emergió, completamente formado, cual Venus de Botticelli, de algún misterioso océano de la moda. Su famosa colección White, presentada en Florencia, en 1968, quizá marcó un ascenso aparentemente fácil. La verdad: detrás hubo una larga y sinuosa jornada de casi 20 años hacia la fama y la fortuna. Y también una significativa mezcla del estilo francés con su herencia italiana. Sus inicios están emparentados con los de los antiguos maestros del arte italiano. Como fórmula secreta de diseñador está el haberse convertido, a los 17



**GUARDARROPA DE ESTADO**  
Diseño portado por Jacqueline Kennedy en un viaje a Camboya, en 1967.



**SOCIOS Y AMIGOS**  
Giancarlo Giametti y  
Valentino Garavani,  
en los años 60.

años, en un humilde aprendiz del arte de la alta costura.

Escucharlo hablar sobre su provechosa estadía en París, durante la década de los 50, evoca un mundo completamente distinto al de los actuales colegios de moda, las dramáticas pasarelas y la vertiginosa moda prefabricada. Entonces, dibujaba sus bocetos en pedazos de papel, fue entrevistado por Balenciaga y obtuvo un puesto al lado de Jean Dessès.

El novato diseñador atestiguó la luna llena de la alta costura, mientras sus ideas, trazadas en lápiz, se transformaban, por medio de lonas, telas finas y sesiones de prueba, en prendas bellísimas. Esos años en Francia también le sirvieron de semilla a su estilo, que derivó en una barroca mezcla franco-italiana de trazo ligero, conocida como rococó. Definir la esencia del trabajo de Valentino es, también, definir el rococó: exquisitos florecimientos desarrollados

sobre una base esculpida. Esto se vuelve evidente en la confección del diseñador cuando una chaqueta tiene cuello de encaje o una falda 'estalla' encrespadamente en el dobladillo; los vestidos son rococó puro, con sus miles de capas y detalles decorativos. Semejante delicadeza no se obtiene con facilidad. Valentino recuerda la vertiginosa carga de trabajo de sus años formativos, luego de que sus progenitores le permitieran ir a París y lo alojaran con algunos amigos. También habla de su gratitud hacia ellos: del apoyo de su padre cuando, para financiar la nueva Casa de Valentino en Roma, en los años 60, la modesta casa de campo familiar, en Garavani, fue vendida. Incluso, el *couturier* confiesa que a su elegante madre le debe el consejo de mantener las cosas simples y con clase.

Esos primeros años como aprendiz —aunado al ejemplo de su padre— debieron forjar la ética de trabajo que hoy



**PRIMAVERA-  
VERANO 1967**  
Abrigo ligero de  
doble cara, en lana.



**PRIMAVERA-  
VERANO 1968**  
Collares en  
coral, publicados  
en Vogue Italia.

es la esencia de su vida. Alejado de su amada costura, donde cada silueta, tela y arreglo es una decisión personal, Giancarlo Giametti, su socio y amigo desde 1960, asegura que el 75 por ciento de la producción de la compañía pasa por las ágiles manos del maestro. ¡Y qué producción! Donde los grandes *couturiers* del pasado mostraban dos colecciones por año a sus clientes, Giametti enumera una letanía: *ready-to-wear*, sport, de zapatos, bolsos, cinturones, crucero y pretemporada. De ahí surge el imperio Valentino, aún más desde que la compañía fue adquirida por el conglomerado italiano Marzotto Spa, en 2002.

Y luego está esa otra pasarela moderna: la alfombra roja, donde el sueño adolescente del creador se ha vuelto realidad con cada ceremonia del Oscar o de los Globos de Oro, y con las estrellas que ha vestido, desde Gwyneth Paltrow hasta Julia Roberts. Pero también exis-



**TALLER DE PRIMERA**  
Desde hace décadas,  
el creador trabaja en  
Via Gregoriana.

ten momentos dulces, como cuando Valentino y Giancarlo se escapan en su yate, esquián en Gstaad (Suiza) o disfrutan las mieles del éxito. Lejos de ser un diseñador torturado que busca relajamiento en un desierto, Valentino comparte los logros con sus amigos, recibiendo en sus casas. Cada verano, durante la semana de la moda en París, los invita a cenar a su *chateau* Wideville, cuya restauración provocó que el gobierno galo le otorgara el honor más reciente en una interminable lista: la Legión de Honor. Los convivios sociales son emblemáticos del carácter de Valentino: una relajada y nada pomposa actitud italiana en el bufet de delicias de temporada; una mezcla ecléctica de invitados; y la 'bella

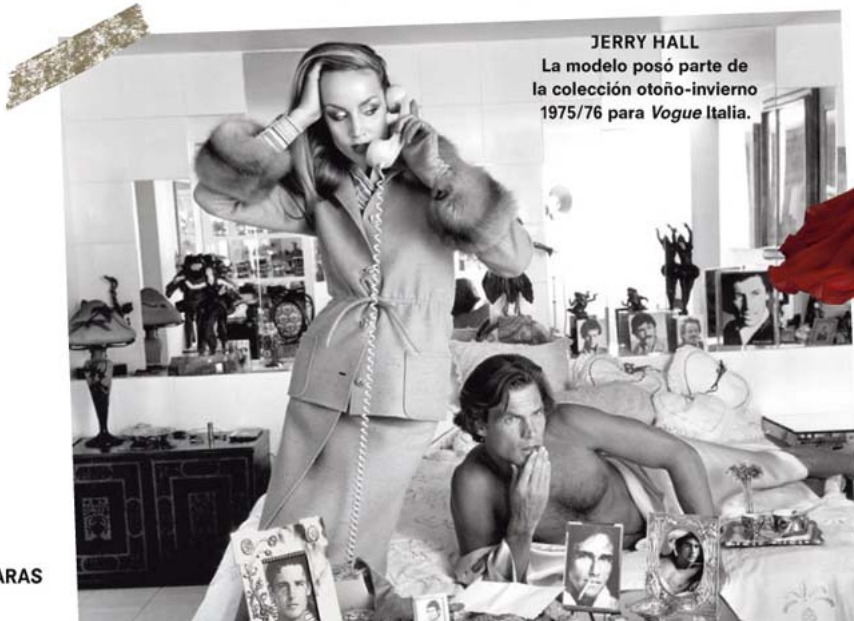
figura' del propio diseñador, en su impecable confección Caraceni.

¿Quiénes son sus clientes? Glamurosos y cosmopolitas estadounidenses, habitantes de un país que Valentino conquistó hace décadas y en el que ha perdido muchos amigos, entre ellos Jackie Onassis y Nan Kempner. Luego sigue la alta sociedad europea. Nadie tan querido para él como la nueva generación de princesas herederas, desde Marie Chantal, de Grecia, o Mette-Marit, de Noruega.

Si la mayoría de los diseñadores de moda suele dividirse en románticos o clásicos, Valentino encaja en ambas categorías. Su trabajo, como su vida, es una fusión de rigor y grandeza. Su símbolo —el que captura la opulencia y alegre



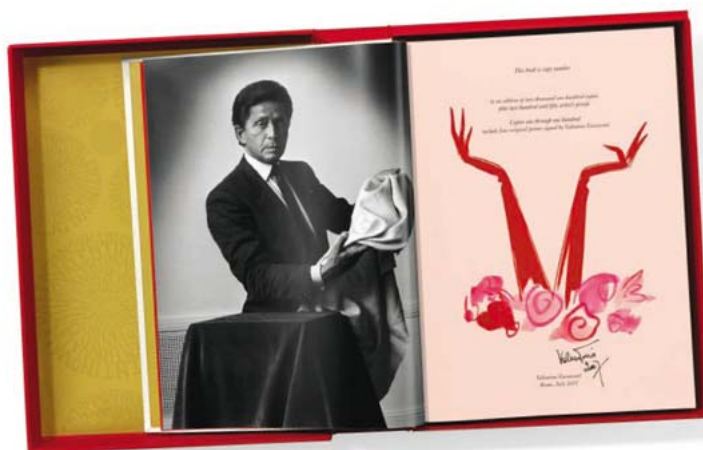
**INIGUALABLES**  
Propuestas de alta  
costura y *prêt-à-porter*  
de 1996 y 1990.



**JERRY HALL**  
La modelo posó parte de  
la colección otoño-invierno  
1975/76 para *Vogue Italia*.

### De edición limitada

Por sí solos, el nombre de Valentino evoca elegancia y lujo. Y nada mejor para rendirle homenaje que confeccionar un ejemplar tan hermoso como sus diseños. A esa labor se abocó Matt Tjenauers, colaborador de la revista *Vanity Fair*. ¿El resultado? Una edición limitada de 2 mil libros, cada uno firmado por el creador y envuelto en una caja trabajada en seda, cuyo contenido es una recopilación de materiales que documentan la vida del hombre y el diseñador en orden cronológico.



**A PROFUNDIDAD**  
Archivos personales, artículos de diarios y revistas, y material fotográfico nutren el libro. Cada ejemplar cuesta mil dólares.



gracia del rococó— es el lazo. Siempre puro y perfectamente proporcionado, ribetea un *cardigan* en satén suave, revolotea por la espalda cual mariposa de organza o cae en el deslizante seda. El lazo también es identificado, mentalmente, como un obsequio, como si las mujeres se envolvieran y decoraran para celebrar su belleza y fragilidad.

Esa suculenta dulzura —las telas vaporosas, los volantes de crema batida y maquillajes perfectos— no siempre ha sido parte de la moda. Semejante femineidad absoluta era un desafío durante la era minimalista y la época en la cual la androginia estaba a la orden del día.

La armonía y belleza clásica por las que Valentino se había esforzado dejaron de estar de moda durante el periodo moderno, justo al ser expulsadas del arte contemporáneo (en ambos casos, actualmente hay una restitución de los valores de antaño). Las palabras *edgy* y *cool* son el anatema de un creador que nunca ha escondido su aversión por el desaliño. El sello de un gran diseñador es no dejar-

se arrastrar por los vientos de cambio cultural, sino saber imponer su visión y estética. Ahora, Valentino viste a las hijas, a la par de sus glamurosas abuelas. ¿Qué inventó Valentino en la moda? Un glamour moderno que ha viajado del *jet set* a la era de los aviones privados. Así como su corazón latente es un *atelier* en Roma, donde exquisitos vestidos son confeccionados bajo los estándares tradicionales y presentados como suntuosos pasteles, la costurera devela su creación para ser aprobada por el maestro.

Valentino es el último eslabón en una cadena en la historia de la alta moda —el único *couturier* que ha sido aprendiz del pasado y se mantiene en absoluto control creativo de la firma que fundó. Aquel joven italiano se ha convertido —automáticamente, pero también por deseo— en el guardián de la flama más pura de la costura. ¡Y lo hace con alegría y brío!\*

\*La autora de *Keeper of the Couture Flame*, extracto del libro *Valentino*, publicado por Taschen, es editora de moda del *International Herald Tribune*. Traducción Mónica Martínez.



**MUSA CELESTIAL**  
Audrey Hepburn fue otra de sus clientas consentidas. Aquí, en una página de *Vogue Italia*, en julio de 1969.